

mento. Chartum, capital del Kordofahn y la mayor ciudad comercial del interior del Africa, Obeid y el puerto de Mas-sua, en el mar Rojo, son los mercados principales.

En Chartum todo el tráfico de marfil se concentra, segun Schweinfurth, en manos de seis comerciantes ricos y de una docena de traficantes de menos importancia. Ya hace años que la exportacion de marfil no excede allí de la cantidad de 2.500,000 francos; y aun esta suma no se puede obtener en los últimos tiempos sino penetrando los traficantes cada vez mas en el interior, pues en las regiones que se hallan á poca distancia del Nilo superior obsérvase una disminucion considerable de colmillos. Los indigenas mismos no reciben ya hoy día la vigésima parte, cuando mas, del precio á que se paga el marfil en Europa; pero en cambio conserva en Chartum un valor bastante crecido. De Massua se exporta principalmente el marfil adquirido en Abisinia y en los países del Barka; el género se envia principalmente á la India, y hé aquí por qué la cantidad procedente de este país es mayor de lo que seria si remitiese solo sus propios productos. Tambien se hacen todos los años muchas é importantes transacciones en Berbera: este extraño centro comercial, que se halla frente á la ciudad de Aden, solo está habitado durante ciertas temporadas por los traficantes, quedando desierto durante el resto del año. En los últimos años tambien Zanzibar llegó á ser emporio del tráfico de marfil, y actualmente se persigue el elefante en toda la costa occidental para obtener los colmillos. Numerosas manadas de estos magníficos animales cruzan aun los bosques del Africa, pero el hombre disminuye su número cada vez mas; y así como en el norte y en el sur, la especie se extinguirá tambien en las costas del occidente y del oriente, y hasta en el centro de Africa. En los países del Nilo superior, donde el tráfico de marfil existe ya desde hace largos años, estos paquidermos han sido ya exterminados completamente. «No sería difícil indicar por épocas de cinco en cinco años, dice Schweinfurth, las zonas de todo el territorio del rio de las Gacelas, de las cuales se han retirado ya los elefantes ó han desaparecido á consecuencia de la encarnizada persecucion del hombre.»

LOS ANISODACTILADOS — ANISODACTYLA

Este grupo constituye el sub-orden que sigue á los elefántidos; Owen comprende tambien en él á los solidungulados; pero nosotros nos limitaremos á incluir aquí las dos familias que actualmente existen, es decir, los tapires y los rinocerontes.

LOS TAPIRES—TAPIRINA

CARACTÉRES.— Los animales pertenecientes á esta familia son relativamente pequeños y de estructura pesada, pareciendo formar el tránsito entre los elefantes y los cerdos. El tronco es bastante bien formado, la cabeza prolongada y raquílica, el cuello delgado y las piernas robustas, de mediana altura: en vez de cola tienen una especie de muñon.

Las orejas son rectas, cortas y bastante anchas; los ojos pequeños y oblicuos, y el labio superior, en forma de trompa, cuelga sobre el inferior. Los pies son robustos, los anteriores llevan cuatro dedos, los posteriores tres; la piel es gruesa y lisa.

Los pelos son cortos y abundantes; las especies americanas están provistas de una crin que parte de la coronilla y alcanza hasta la cruz.

Los tapires tienen cuarenta y dos dientes, tres pares de

incisivos y uno de caninos en cada mandíbula; siete pares de molares en la superior y seis en la inferior. Su esqueleto se asemeja al de los otros paquidermos, aunque difiere por ser mas ligera la conformacion de los huesos. Tienen diez y ocho vértebras dorsales, cinco lumbares, siete sacras y doce caudales; la cavidad torácica está formada por ocho pares de costillas, las otras son falsas. La cara es mucho mayor que la caja craneana, sumamente reducida: los huesos nasales son muy salientes y retirados hácia arriba; los arcos cigomáticos en extremo encorvados por debajo y por delante; las órbitas muy grandes, y las fosas temporales de mucha profundidad.

De las especies de la familia, que en su mayor parte son propias de la América, conocemos al menos una hace ya mucho tiempo; mientras que las otras no han sido descubiertas, descritas y clasificadas hasta los últimos tiempos.

El tapir de América fué el primero que se conoció; el de la India no se ha descrito hasta principios de este siglo, si bien hicieron mencion de ella hace mucho tiempo algunas obras chinas. La tercera especie no fué reconocida como tal hasta 1830; antes de esta época se la consideraba como una variedad de la americana.

Los tapires nos ofrecen tambien un ejemplo de esa ley general que ya hemos podido observar en las familias representadas en el antiguo y el nuevo mundo; los animales del antiguo continente son mas perfectos, si así puede decirse, que los del nuevo.

EL TAPIR DE LOMO BLANCO—TAPIRUS INDICUS

CONSIDERACIONES HISTÓRICAS.—A pesar de nuestras continuas relaciones con la India y el sur del Asia en general, hasta 1819 no fué descrito por Cuvier, y por primera vez, el tapir de lomo blanco. Poco tiempo antes el ilustre naturalista habia dicho que no se descubriría probablemente otro gran mamífero; pero Diard, uno de sus discípulos, le demostró su error de la manera mas palpable, remitiéndole á Europa un dibujo del animal con estas palabras: «Cuando vi por primera vez en Barakpoore el tapir, del cual os envío un bosquejo, me admiró que fuera desconocido todavía un animal tan grande, con tanto mayor motivo cuanto que vi en la Sociedad Asiática la cabeza de un sér parecido, enviada por el gobernador Farquhar en 29 de abril de 1806. Decía este funcionario que el tapir era tan comun en los bosques de la India, como el elefante y el rinoceronte.»

Diard se equivocaba, no obstante, al asegurar que el tapir era un animal desconocido aun, pues no solo los chinos, sino tambien algunos naturalistas habian hecho ya mencion de él. En cuanto á los primeros, forzoso es reconocer que sus descripciones dejan algo que desear: en un diccionario muy antiguo, titulado *Eul-ya*, en la palabra *Me*, con que se designa el animal, se dice que este nombre se aplica á una pantera blanca semejante á un oso; que tiene la cabeza pequeña y cortos los pies; que su piel presenta manchas blancas y negras; y que soportan muy bien la humedad. En otro diccionario, el *Chuen-wen*, se dice que el *Me* se parece al oso, que es amarillento y habita en el país de Lhu. En el *Pentksaokana-mou*, tratado de *Historia natural*, hay una descripción mas completa y exacta del tapir, la cual dice: «El *Me* se parece al oso: tiene la cabeza pequeña y las patas cortas; el pelaje corto tambien, luciente y manchado de blanco y negro; algunos dicen que es amarillento, y otros blanco agrisado: tiene la trompa de elefante, los ojos de rinoceronte, la cola de vaca y las patas de tigre.» Encuéntranse además en las obras chinas y japonesas varios dibujos del tapir de lomo blanco,

especialmente en los libros escritos, impresos y encuadernados para recreo é instruccion de los niños: en todos estos dibujos se designa al *Me* como un mamífero bien conocido y comun.

Dejemos ahora á los chinos: antes que Diard escribiera su carta á Cuvier, el inglés Wahlfeldt habia hecho mencion del tapir de dos colores en 1772 en una obra sobre Sumatra: habiale tomado por un rinoceronte, y le describió como tal, dando un dibujo en el que no se puede desconocer al tapir. Hácia la misma época habló claramente de él M. Marsden, secretario de la residencia de Benkulen; en 1805 recibió Raffles algunos detalles sobre el *maiba*; poco despues vió Farquhar este animal en los alrededores de Malacca; y en 1816

presentó una descripción y un dibujo á la Sociedad Asiática. La gloria del descubrimiento de este animal corresponde, pues, á los ingleses y no á los franceses.

En 1820 se recibieron en Europa una piel, un esqueleto y diversas vísceras de este animal, muy poco conocido aun, y despues se han podido hacer algunas descripciones. A contar desde esta época se han publicado diversas Memorias sobre el tapir de lomo blanco; pero aun así no podemos decir que conocemos su historia; carecemos de datos sobre su género de vida en el estado libre, y son insuficientes los informes referentes al individuo cautivo.

CARACTÉRES.—El tapir de lomo blanco (fig. 290), *maiba*, *kuda-ayer*, *tenu*, *mé*, *kudayer*, *ayer*, *babi-alu*, *sala-*

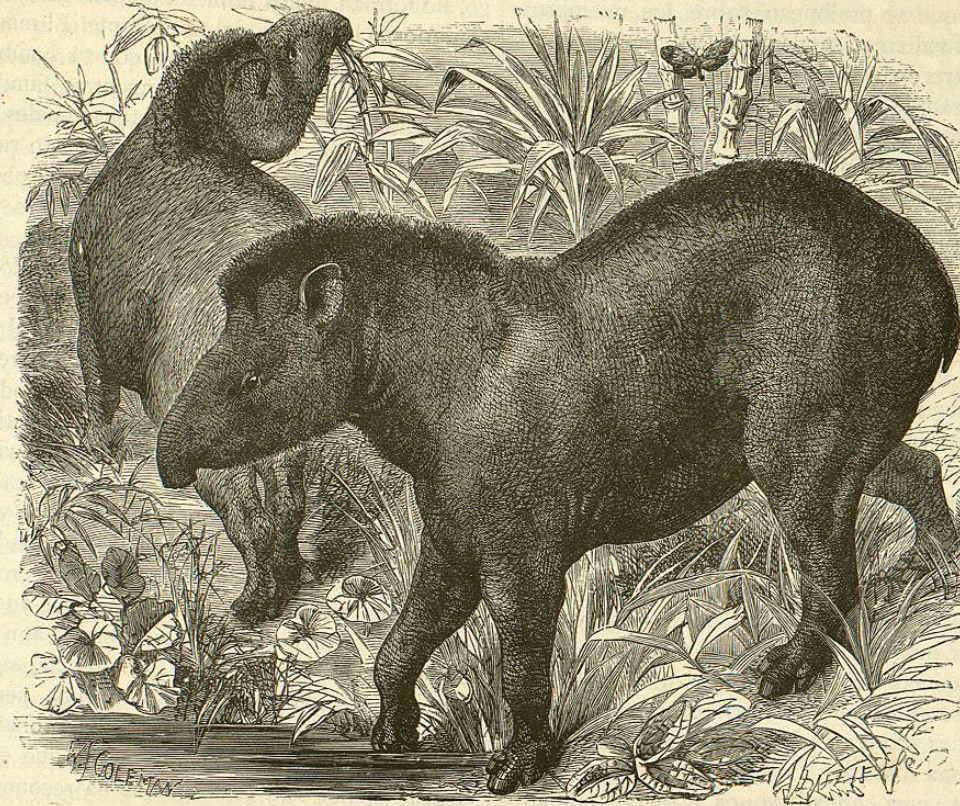


Fig. 291.—EL TAPIR DE AMÉRICA

ang, *gindal*, etc., como le llaman en su país, difiere de sus congéneres por tener mayor tamaño, cuerpo mas esbelto relativamente, cara mas angosta, cráneo mas convexo, trompa mas robusta y larga y pies mas vigorosos; tambien se distingue por la falta de crin y por el color. La estructura de la trompa es característica: mientras que en el tapir de América arranca bruscamente del hocico, y parece redondeada y tubular, en el de lomo blanco continúa insensiblemente la parte superior del hocico, siendo, como la del elefante, redondeada en su cara superior y plana en la inferior. Terminase además por una prolongacion digitiforme, bien marcada, carácter que le comunica nueva semejanza con la trompa del elefante.

La coloracion de este animal es singular; predomina el tinte negro oscuro que contrasta con el blanco gris del lomo. La cabeza, el cuello, la parte anterior del tronco hasta detrás de los omoplatos, las piernas anteriores y posteriores hasta la mitad de los muslos, una faja ancha que se corre longitudinalmente por el centro del pecho y del vientre, y por último la cola, son de un color negro oscuro; todo el resto del cuerpo ofrece un tinte gris blanquizo.

El extremo de las orejas está orillado de un tinte claro: el

color negro y blanco de este pelaje presenta un brillo difícil de describir; cada pelo es de un solo tinte. Las pezuñas son de color de cuerno oscuro; el iris de un violeta denso, y la pupila redonda y negra.

En ninguna parte he hallado medidas exactas del macho adulto; una hembra que yo cuidaba tenia una longitud de 2^m,50, contándose la cola por 0^m,08; la altura hasta la cruz era de un metro, y hasta el sacro de 1^m,05; la cabeza media desde la punta del hocico hasta detrás de las orejas 0^m,63; la trompa recogida tenia 0^m,07, y 0^m,16 en toda su longitud.

EL TAPIR DE AMÉRICA—TAPIRUS AMERICANUS

El tapir de América fué conocido antes que las otras especies: poco despues del descubrimiento del nuevo continente hablaron los viajeros de un animal grande, al que tomaban por un hipopótamo, y los naturalistas de la época le dieron el nombre de *Hippopotamus terrestris*; pero hasta el siglo XVIII no se dió la primera descripción exacta, acompañada de un dibujo, debida una y otro á Marcgrav de Liebs-

tadt. Esta descripción se completó después por naturalistas y viajeros, siendo en la actualidad el tapir de América uno de los paquidermos mejor conocidos (fig. 291).

CARACTERES.—Este animal tiene un pelaje bastante uniforme, prolongado tan solo en la nuca, en forma de crin corta y cerdosa. Su color es gris pardo negruzco; los lados de la cabeza, y particularmente el cuello y el pecho, son un poco más claros; los pies, la cola y la línea media del lomo y de la nuca más oscuros; las orejas están orilladas de una lista gris blanquizca. Encuéntanse también tapires leonados, amarillentos, grises ó parduscos. En los individuos jóvenes no es oscuro más que el lomo; la cara superior de la cabeza está cubierta de manchas blancas redondeadas, y en cada lado del cuerpo hay cuatro hileras no interrumpidas de puntos de color claro, que se prolongan sobre los miembros. A medida que el animal crece se alargan estas manchas, y á los dos años desaparecen completamente. Según Tschudi, este tapir puede alcanzar 0^m,20 de largo por 1^m,70 de alto, la hembra es siempre mayor que el macho.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Según las últimas averiguaciones, parece que el área de dispersión del tapir propiamente dicho, no se extiende más allá del mediodía y este de la América del sur; en el norte y oeste de esta parte del continente y en la América central, encuéntanse en su lugar otras especies, que si bien muy congénicas, se distinguen de él marcadamente, por lo cual no nos ocuparemos de ellas.

Se le dan distintos nombres según las localidades: en la Guayana le llaman *maipars*, *meripuri* ó *tapirete*; Azara hace mención de él designándole con el calificativo de *bestia grande*; los portugueses, que le comparan con el búfalo y el alce, le llaman *anta* ó *danta*.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Tomaré por base de mi descripción de los tapires las noticias de Azara, Rengger, el príncipe de Wied, Tschudi, Schomburgk y otros, acerca de las especies americanas, pues nos faltan datos exactos respecto al género de vida del tapir de lomo blanco. Todas las especies se asemejan por lo demás tanto, que no creo cometer grandes errores al fijarme principalmente en las costumbres de una sola.

Todos los tapires viven en los bosques y evitan cuidadosamente los parajes descubiertos. Estos animales son los primeros en retroceder ante el hombre, pues se retiran más y más al interior de las selvas; mientras que, según dice Hensel al hablar de la fauna de la América del sur, los otros animales de los trópicos avanzan hacia los lugares cultivados del bosque. A través de las espesuras de las selvas sud-americanas los tapires abren verdaderas sendas que difícilmente se distinguen de las de los indios; de tal modo que un viajero inexperto se inclina muchas veces á seguirlos. Los tapires frecuentan estos caminos mientras no se les inquieta; pero si algo les atemoriza penetran en las espesuras más enmarañadas, sin gran trabajo.

Los tapires son animales nocturnos. «Hemos recorrido durante varios meses, dice Tschudi, las selvas vírgenes habitadas por miles de tapires, sin ver jamás uno de día. Parece que entonces se retiran á los lugares de más espesura, frescos y sombríos, y de preferencia á la inmediación de las aguas estancadas, donde les gusta revolcarse.»

En los bosques sombríos, no explorados aun, andan también de día, según dice el príncipe de Wied, aserto que parece confirmado por la manera de ser de los tapires cautivos, á los que se ve á menudo pasearse durante el día en su recinto. Es un hecho, sin embargo, que les ofenden los rayos del sol; en medio del día buscan en la sombra del bosque un refugio contra el calor enervante, y más aun contra los mos-

quitos que les atormentan. «Cuando por la mañana ó la tarde, dice el príncipe de Wied, se baja silenciosamente por los ríos, se puede ver con frecuencia á los tapires que se bañan para refrescarse ó ahuyentar á los insectos. Ningun animal sabe librarse tan bien de los incómodos parásitos; aprovecha para ello todo arroyuelo, estanque ó charco que encuentra al paso, de modo que casi siempre está cubierto de una espesa capa de fango.» Tschudi cree que las variaciones de color que se observan no tienen otro origen, y que son debidas á la mayor ó menor cantidad de tierra que cubre la piel de estos animales.

Hacia la tarde van los tapires á buscar su alimento, y es de presumir que andan errantes toda la noche, ofreciendo en este concepto mucha semejanza con el jabalí. Sin embargo, no forman nunca numerosas manadas, y viven más bien solitarios, á la manera del rinoceronte. El macho, sobre todo, permanece aislado, sin reunirse con su hembra hasta el período del celo. Es muy raro encontrar familias de tapires; cuando se ven más de tres de estos animales reunidos en un mismo punto, es porque les atrae un pasto rico y abundante y se encuentran por casualidad. Tschudi observa que acuden en gran número á orillas de los ríos para bañarse y beber.

Los tapires ofrecen analogía con los cerdos por sus movimientos; su marcha es lenta y prudente; ponen un pié delante del otro; inclinan la cabeza hacia el suelo; mueven continuamente la trompa para olfatear á derecha é izquierda, y sus orejas se agitan sin cesar. De este modo avanza el tapir, mas al menor indicio de peligro, se detiene de pronto; su trompa y sus orejas se agitan con febril viveza, y emprende la fuga presuroso. Baja la cabeza y se precipita en línea recta, á través de la espesura, los pantanos y las corrientes. «Si se encuentra un tapir en el bosque, añade el príncipe de Wied, se asusta y huye con gran ruido; pero por rápida que sea su carrera, no tarda en darle alcance un buen perro.»

El tapir nada muy bien y se sumerge aun mejor; atraviesa los ríos más anchos, no solo por temor, sino también por gusto; este hecho se ha puesto en duda, pero lo afirman todos los observadores modernos. Es probable que el tapir ande por el fondo del agua, lo mismo que el hipopótamo, ó cuando menos esto es lo que se ha reconocido en el tapir de lomo blanco de Barakpoore. Este atravesaba así el estanque de su recinto, sin nadar nunca.

Los depósitos de agua que mis cautivos, y otros que yo ví, tenían á su disposición, no eran bastante profundos, y por eso no he podido hacer las convenientes observaciones sobre el particular.

El oído y el olfato son los sentidos que alcanzan más desarrollo en el tapir, ambos á dos en el mismo grado; la vista es por el contrario débil, como ya lo indican sus pequeños ojos. Difícil es asegurar nada respecto al gusto, aunque he notado que nuestros tapires cautivos saben distinguir perfectamente el alimento y prefieren ciertas golosinas. La trompa es un órgano táctil muy delicado: el animal demuestra tener una sensibilidad general, no solo por su temor al sol y á los insectos, sino también porque se manifiesta muy complacido cuando le rascan en una parte cualquiera del cuerpo. Nuestros tapires se echan cuando se les limpia ó se les cepilla, y son entonces tan obedientes como el niño á quien se acaricia. Se puede conseguir que se vuelvan de un lado y otro, y que se levanten ó se echen, según se pasa la almohaza por tal ó cual parte.

La voz del tapir consiste en un silbido penetrante y particular, que según ha observado Azara, no está en relación con la talla del animal. Este naturalista opina que el individuo libre no deja oír su voz sino en la época del celo; y se-

gun Schomburgk, solo silban los individuos jóvenes. Estas opiniones son erróneas: nuestros tapires cautivos, así los de América como el de lomo blanco, silban á menudo, y en cuanto al segundo, lanza también un gruñido de mal humor cuando se le molesta, aunque no se halle en el período del celo.

Todos los tapires parecen animales mansos, tímidos y pacíficos, que no hacen uso de sus armas sino en el último extremo. Huyen ante todo enemigo, aunque sea un perrito; el hombre, en particular, les inspira mucho temor, porque reconocen todo su poder. Son más prudentes y desconfiados á la proximidad de las plantaciones que en el bosque, si bien no carece de excepción esta regla. En ciertos casos se defiende el tapir, y no es entonces un adversario despreciable; lánzase furioso contra su enemigo, procura derribarle, ó se sirve de sus dientes, como el jabalí: de este modo defiende la madre á sus hijos, y se expone al peligro, despreciando las heridas.

Los tapires en libertad se alimentan exclusivamente de plantas, y principalmente de hojas de árbol: en el Brasil prefieren las de las palmeras; pero penetran á menudo en las plantaciones, y dan á conocer que también les gustan las cañas de azúcar, los melones y otras frutas. En los pantanos de cocoteros, pisotean las plantas tiernas, arrancan las hojas, y ocasionan en una sola noche un destrozo de varios miles de francos, según dice Tschudi. En los grandes bosques se alimentan durante algunos meses del fruto caído de los árboles, y en los pantanos de las sabrosas plantas acuáticas. Les gusta mucho la sal: esta sustancia es para ellos una necesidad, lo mismo que para los rumiantes. «En todas las partes bajas del Paraguay, dice Rengger, donde el terreno encierra sulfato de sosa ó cloruro sódico, encuéntanse los tapires en gran abundancia, porque allí lamen la tierra impregnada de las sales.» A nuestros tapires cautivos les gusta también mucho esta sustancia; toman el alimento de los cerdos, pero no desprecian nada de lo que se les da: las hojas de los árboles, las frutas, los bollos y el azúcar, son para ellos golosinas apetitosas.

Los tapires libres entran en celo antes de la estación de las lluvias: machos y hembras se llaman con sus silbidos y viven juntos algunas semanas. A los cuatro meses, poco más ó menos, paren las segundas un pequeño, cuyo cuerpo está cubierto de manchas y es listado, como el de los jabalíes; y en igual espacio de tiempo comienzan á desaparecer, de tal modo, que á los seis meses adquiere el joven tapir el mismo pelaje de sus padres.

CAZA.—Se persigue á estos animales con empeño para utilizar su carne y la piel.

Véase cómo describe Schomburgk, con su animado estilo, una cacería improvisada. «Acabábamos de doblar una punta, cuando vimos con alegría un tapir con su pequeño, echado en un banco de arena á la orilla del agua. Aun no habían acabado de pronunciar la palabra *maipuri* los indios que nos acompañaban, cuando nos divisaron ambos animales, y huyeron por la espesura que bordeaba el río. Desembarcamos al instante y corrimos en su persecución, armados de carabinas, flechas y arcos, y una vez franqueada la espesura, se vió que los dos fugitivos trataban de ocultarse entre las cañas y las yerbas cortantes, cuya elevación era de 2 metros y que cubrían todo el llano. Nuestra tralla se había quedado en la tercera canoa; los europeos permanecimos inmóviles ante la formidable muralla que se oponía á nuestro paso, y que habíamos aprendido á conocer á nuestras expensas; pero nada podía contener á los indios. Desaparecieron como serpientes en medio de aquellas yerbas peligrosas, y á poco se oyeron dos detonaciones, seguidas de gritos de triunfo, que nos anunciaban el éxito. Todos seguimos entonces la dirección en que

se oyeron, pues ya era el camino más fácil, y encontramos á los dos felices cazadores apoyados en sus carabinas, ante el cadáver del tapir más grande. La bala de uno de los indios llamado Pureka le había atravesado los pulmones; era una hembra de talla poco común.

»Rodeábamos todos la presa, cuando reconocimos, por la ondulación y el frotamiento de las yerbas, que se acercaban nuestros perros; lamieron con avidez la sangre del tapir y al momento se comenzó la caza del pequeño, cuya pista fué hallada bien pronto. Cuando el animal se vió descubierto, lanzó un silbido penetrante; no podíamos ver nada, pero indicábanos la dirección del ruido que el tapir debía salir del cañaveral; entonces corrimos presurosos á una altura próxima para presenciar la persecución, y aun no habíamos llegado, cuando el animal salió en efecto de la espesura. Iba seguido de cerca por la tralla y nuestros treinta indios, que á su vez caminaban detrás de los perros paso á paso, lanzando gritos de alegría, que dominaban á la vez sobre los silbidos de angustia del tapir y el ruidoso ladrar de la jauría. Curioso espectáculo era aquel, y cual jamás lo había visto: el animal perseguido perdía sus fuerzas poco á poco; después de una vigorosa é inútil resistencia, los indios le ataron las piernas y le llevaron, en medio de los atronadores gritos de triunfo y de los ladridos de los perros, á la canoa. El animalito tenía ya el tamaño de un cerdo adulto.

»Entonces fué preciso trasportar la madre al banco de arena, lo que no se pudo conseguir sin emplear la fuerza de todos y después de atar los pies posteriores del gigantesco cadáver con una larga cuerda para arrastrarlo así.

»Entre tanto se había procedido á descuartizar á la hembra: ahumóse una parte de su carne y se coció la demás; nos pareció excelente; tenía el sabor y el aspecto de la carne de buey. Los indios recogieron con mucho cuidado la sangre del animal, mezclaron con ella carne muy bien picada y llenaron con esta mezcla los intestinos. Ahumaron después esta especie de morcillas en vez de cocerlas, y yo las probé una vez, pero aseguro que no caeré más en la tentación.»

Los colonos cazan al tapir con perros, que le ahuyentan del bosque en dirección á los cazadores; también le esperan al acecho, cerca de una de aquellas sendas que él practica; algunas veces se le persigue por el agua. El príncipe de Wied nos ha dado á conocer este último método.

«Los brasileños, dice, cazan al tapir de la manera más incómoda que imaginarse pueda. Tiran contra este animal tan grande, no con bala sino con perdigon: por lo regular le sorprenden durante la noche, ó bien por la mañana cuando nada en los ríos. El tapir procura escapar de sus enemigos, que hacen fuerza de remos y rodean al fugitivo; este se sumerge; pasa algunas veces por debajo de las canoas; está largo tiempo debajo del agua y sale por intervalos á la superficie para respirar. En uno de aquellos momentos, todas las escopetas están apuntadas contra él, generalmente en dirección á las orejas; á veces recibe un tapir más de veinte tiros sin perecer, y con frecuencia se escapa si no se lleva un buen perro. De un balazo se mataría fácilmente á este animal, tirando de cerca; pero los brasileños prefieren emplear los perdigones, con los que pueden cazar á la vez el tapir y las pollas de agua.»

Los indios siguen la pista del animal, y después de haber descubierto su retiro, le ahuyentan hacia los cazadores. Azara dice que se necesita un proyectil de buen calibre para tirar sobre esta caza, pues aunque el tapir reciba un balazo que le toque al corazón, puede andar algunos centenares de pasos antes de sucumbir.

En el Paraguay acostumbran los cazadores á llevar consigo un pequeño tapir vivo de talla conveniente para que